

JOSEP CARNER

DE SU EXTENSA OBRA POÉTICA DESTACARÍAMOS, EN UN PRIMER PERÍODO, *ELS FRUITS SABOROSOS* (1906) —CONSIDERADA UNANIMAMENTE POR LOS CRÍTICOS COMO UNA DE LAS CUMBRES DEL MOVIMIENTO NOVECENTISTA—, UNA OBRA EN LA QUE, BAJO LA INFLUENCIA DE A. SAMAIN, EL AUTOR CANTA LA ARMONÍA DE UN PARAÍSO CLÁSICO EN EL QUE A MENUDO, SIN EMBARGO, EMERGEN INQUIETANTES INTERROGANTES SOBRE LA VIDA Y EL DESTINO.

ÀLEX SUSANNA ESCRITOR

BÈLGICA

*Si fossin el meu fat les terres estrangeres,
m'agradaria fer-me vell en un país
on es filtrés la llum, grisa i groga, en somris,
i hi hagués prades amb ulls d'aigua i amb voreres
guarnides d'arços, d'oms i de pereres;
viure quiet, no mai assenyalat,
en una nació de bones gentes plegades,
com cor vora de cor ciutat vora ciutat,
i carrers i fanals avançant per les prades.
I cel i núvol, manyacs o cruels,
restarien captius en canals d'aigua trèmula,
tota desig d'emmirallar els estels.*

*M'agradaria fer-me vell dins una
ciutat amb uns soldats no gaire de debò,
on tothom s'entendria de música i pintures
o del bell arbre japonès quan treu la flor,
on l'infant i l'obrer no fessin mai tristesa,
on veiéssiu uns dintres de casa aquilots
de pipes, de paraules i d'hospitalitats,
amb flors ardents, magnífica sorpresa,
fins en els dies més gebrats.
I tot sovint, vora un portal d'església,
hi hauria, acolorit, un mercat de renom,
amb botí de la mar, amb present de la terra,
amb molt de tot per a tothom.*

*Una ciutat on vagaria
de veure, per amor de la malenconia
o per desig de novetat dringant,
cases antigues amb un parc on nien ombres
i moltes cases noves amb jardinet davant.
Hom trobaria savis de moltes de maneres;
i cent paraigües eminents
farien —ai, badats— oficials rengleres
en la inauguració dels monuments.
I tot de sobte, al caire de llargues avingudes,
hi hauria les fagedes, les clapes dels estanys
per a l'amor, la joia, la solitud i els planys.*

*De molt, desert, de molt, dejú,
viuria enmig dels altres, un poc en cadascú.
Però ningú
no se'n podria témer en fent sa via.
Hom, per atzar, un vell jardí coneixeria,
ben a recer, de brollador ben clar,
amb peixos d'or que hi fan més alegria.
De mi dirien nens amb molles a la mà:
—Es el senyor de cada dia.*

BÈLGICA

*Si mi hado fueran tierras extranjerias,
me gustaria envejecer en un país
donde, amarilla y gris, la luz se filtrara en sonrisa
y hubiera prados con ojos de agua y lindes
ornados con arces, olmos y perales;
vivir quieto, nunca señalado,
en una nación de buena genta unida,
corazón junto a corazón, ciudad junto a ciudad,
y calles y fanales avanzando por los prados.
Y cielo y nube, crueles o tiernos,
permanecerían cautivos en canales de agua trémula,
hecha deseo de reflejar luceros.*

*Me gustaria envejecer en una
ciudad con soldados casi inciertos,
donde todos se enternecieran con música y pinturas
o con el hermoso árbol japonés cuando florece,
donde el niño y el obrero nunca despertarían la tristeza,
donde se vieran interiores domésticos ahumados
por las pipas, las palabras y la hospitalidad,
con ardientes flores, magnífica sorpresa,
incluso en los días cubiertos por la escarcha.
Y a menudo, junto a un portal de iglesia,
habría, multicolor, un afamado mercado,
con botín de la mar, con dones de la tierra,
con mucho para todos.*

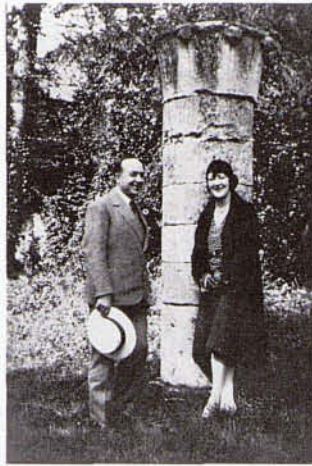
*Una ciudad donde podrían
verse, por amor a la melancolía
o por deseo de pimpante novedad,
antiguas casas con parques donde anidan sombras
y muchas casas nuevas con jardincillos delanteros.
Se encontrarían sabios de toda clase;
y cien eminentes paraguas
formarían —abiertos, ay— oficiales hileras
en la inauguración de los monumentos.
Y de pronto, junto a las largas avenidas,
habría hayedos y se abrirían los estanques
al amor, el gozo, la soledad y los lamentos.*

*Muy desierto ya, muy en ayunas,
viviría entre los demás, un poco en cada uno.
Pero nadie
podría temerlo mientras prosiguiera su andadura.
Conoceríamos, por azar, un antiguo jardín,
muy recoleto, de claro surtidor,
con peces de oro que le dan más alegría.
De mí dirían niños con migas en la mano:
—Es el señor de cada día.*

Traducción: Manuel Serrat Crespo

La importancia de la poesía catalana del siglo XX es semejante, o incluso, tal vez, superior, a la de las artes plásticas. Pero si Miró, Dalí o Tàpies se hallan internacionalmente proyectados al lugar que les corresponde y, lo que es más decisivo, participan directamente en el acontecer del arte universal, los poetas deben ser humildes y limitarse a reducir su ámbito de expansión e influencia casi sólo al área de lectores catalanes...

Los Países Catalanes han dado, en lo que va de siglo, grandes poetas y un considerable número de buenos poetas. Todo el mundo coincide en señalar a cuatro de ellos como los objetivamente más importantes —importantes como autores de una obra homogénea y sólida, que atraviesa toda su vida, que se nos presenta como un bloque compacto sin apenas fisuras y que está tocada por un tipo u otro de energía suplementaria—: Josep Carner, J.V. Folch, Carles Riba y Salvador Espriu, todos ellos perfectamente comparables a los mejores poetas de literaturas como la anglosajona, la germánica, la francesa, la griega, la italiana o la española. Y, en primer lugar, debe citarse a Josep Carner (Barcelona 1884-Bruselas 1970), pues él ha sido el que con mayor eficacia ha contribuido a fijar una lengua poéticamente válida para sus contemporáneos, al tiempo que devolvía al catalán todas sus virtualidades expresivas, tras más de dos siglos de profunda decadencia (período de decadencia política y cultural que abarca, fundamentalmente, los siglos XVII y XVIII). Por otro lado, su caso es igualmente excepcional por distintas razones: desde el Romanticismo, tal vez no haya existido en toda Europa ningún otro gran poeta tan identificado con la sociedad de su tiempo y que se haya consagrado a poetizar los múltiples aspectos de su vida con la pasión y el entusiasmo de Carner. Lo cierto es que, por medio del infalible ejemplo de sus versos, combate el subjetivismo radical en que se apoya la estética predominante de su tiempo (y en todos los campos del arte) o, dicho de otro modo, su obra se fundamenta en el rechazo de cualquier romanticismo y eso es, precisamente, lo que le permite resolver el problema suscitado por su aceptación sin reservas de la función *representativa* como finalidad principal de su quehacer poético. En este sentido, la distinción que hace Edmund Wilson en la obra *Axel's Castle* entre Clasicismo y Romanticismo ilustra perfectamente lo que preten-



demos decir: "*Romanticism was a revolt of the individual. The 'Classicism' against which it was a reaction mean, in art, and ideal of objectivity*". En las obras clásicas "*the art is out of the picture*". En las obras románticas, "*the writer is either his own hero, or unmistakably identified with his hero, and the personality and emotions of the writers are presented as the principal subject of interest*". O sea, Carner sería un "clásico" en plena época "romántica". Como muy bien ha analizado el crítico Joan Ferraté, este salto atrás al que nos referíamos nos sitúa en la gran línea de tradición de la poesía occidental que comienza con Teócrito y Calímaco (hacia el 300 a.C.) y se extingue en el siglo XVIII con la aparición de Blake y los primeros románticos alemanes. Por otro lado, cabe decir que es muy probable que Carner nunca fuera muy consciente de ello y que, simplemente, para llevar a cabo este salto que le situaba en la línea de la poesía europea más rica y fecunda, le bastaba con deshacerse de un marco estético que no le interesaba y que, en cambio, era el que su tiempo le ofrecía.

Josep Carner se licenció en Derecho (1902) y en Filosofía y Letras (1904) por la Universidad de Barcelona. Desde entonces hasta su incorporación a la carrera consular y diplomática, colaboró activamente en revistas, editoriales y diarios. Como diplomático ejerció, sucesivamente, cargos en Génova, San José de Costa Rica, Le Havre, Hendaya, Beirut, Bruselas y París. Durante la guerra civil jugó la carta de la República y se quedó en Bruselas, pero poco después, temiendo las represalias nazis, marchó a Méjico donde fue

profesor de la Universidad. Más tarde regresó a Bruselas, donde fue también profesor universitario y se casó, en segundas nupcias, con la escritora Emilie Noulet.

De su extensa obra poética destacaríamos, en un primer período, *Els Fruits Sabrosos* (1906) —considerada unánimemente por los críticos como una de las cumbres del movimiento novecentista—, una obra en la que, bajo la influencia de A. Samain, el autor canta la armonía de un paraíso clásico en el que a menudo, sin embargo, emergen inquietantes interrogantes sobre la vida y el destino; *Verger de les Galanies* (1911), libro con el que creó un nuevo estilo de poesía amorosa que parece entroncar, al mismo tiempo, con lo diáfano de Petrarca, Ronsard y Keats, y con las graves notas de un Leopardi o un Baudelaire; *Auques i ventalls* (1914), un libro de ingenio, lleno de un humor "civil" y costumbrista con respecto a cierta sociedad barcelonesa.

Sin embargo, cuando Carner se aleja de Cataluña, primero por sus labores consulares y después a causa de la guerra, su poesía parece desprenderse de la ironía "civil" y se refugia más bien en profundas y emotivas reflexiones sobre el destino del hombre, así como en una constante evocación de su país natal.

En los siguientes libros, *El cor quiet* (1925), *El veire encantat* (1933) y *La primavera al poblet* (1935), Carner perpetúa, en una constante transfiguración del lenguaje, su mundo ya clásico, transido de una cotidianeidad poblada de una amplia gama de sentimientos y toda suerte de pequeños objetos. Por otro lado, a medida que pasa el tiempo aumenta también su preocupación metafísica, que culmina en el poemario *Nabí* (1941), sin duda una de las grandes obras poéticas universales de este siglo. Se trata de un largo poema lírico-narrativo, que podemos adscribir a lo que se ha denominado la "épica interior", construido a partir de la historia bíblica de Jonás.

Después de la guerra, Josep Carner se dedicó de lleno a la revisión de toda su obra, proceso de depuración y estilización que culminaría, el año 1957, con la aparición del volumen *Poesía*, en el que presenta su obra ordenada temáticamente y con substanciales modificaciones estilísticas. Esta obra, que se convirtió enseguida en un clásico, ha ejercido una constante fascinación sobre sus numerosos lectores, así como un incesante magisterio sobre todos los poetas catalanes de este siglo. ●